

Bautismo del Señor Ciclo B



7 de enero de 2024

Is 42, 1-4. 6-7

Sal 28

Hech 10, 34-38

Mc 1, 7-11

Eduardo Suanzes, msps

Celebramos hoy el Bautismo de Jesús: la experiencia nuclear de Jesús adulto de la que todo parte. Fue tan importante y tan fuerte esta experiencia para Él que para procesarla en toda su amplitud tuvo que irse al desierto y estar allí a solas por cuarenta días. ¿Qué es lo que le pasó a Jesús? ¿Qué sucedió dentro de Él? Sería una ejercicio de vanidad tratar de desenmarañar en su plenitud lo que allí pasó, pero podemos, esos sí, acercarnos.

Fijaros. La escena tiene lugar en el Jordán, uno de los lugares más bajos de la tierra, por donde los israelitas, 1300 años antes, pasaron liberados de la esclavitud de Egipto, encabezados por Josué; ellos lo habían atravesado con el Arca de la Alianza, símbolo de la relación de Dios con el hombre. Eso pasó 1300 años antes de Jesús: aquello se vivió como el paso de la muerte a la vida, de la esclavitud a la tierra prometida. Ahora, con Jesús se establece una nueva relación: es el mismo Dios el que pasa, el mismo Dios que se sumerge en nuestra realidad herida para que seamos capaces de experimentar lo que ahí pasa. Y de eso se trata el texto que hemos escuchado y lo que nos narra Marcos: que seamos capaces de experimentar lo que allí pasa, porque es fundamental para nuestro ser de cristiano sumergirnos en esa misma experiencia de Jesús.

Os invito, por tanto, a que os sintáis en la escena, a que bajéis también al Jordán.

Ahí vemos a Jesús acercándose a Juan, y sumergiéndose en lo más bajo, porque había asumido en sí mismo lo más bajo: nuestra condición humana herida.

Para los judíos el cielo, desde hacía siglos estaba cerrado: ya no había profetas, ya no había revelación de Dios, pero volverían a abrirse, esa era la creencia, con la llegada del Mesías. Isaías, uno de los últimos profetas, había escrito: "*¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras!*"¹ Marcos nos está diciendo ahora con esa frase de que los cielos se rasgan, que la nueva y definitiva comunicación de Dios contigo se está realizando. Algo sorprendente va a suceder que tiene que ver con cada uno de nosotros. Mateo utilizará, además, la misma palabra "rasgar", cuando en la muerte de Jesús el velo que separa el espacio más santo del Templo se rasgará de arriba a abajo, queriendo significar con ello que ya no habrá nunca más separación de lo humano y lo divino. En Jesús lo humano es divino y lo divino humano.

La referencia a la Paloma es una referencia clara al primer versículo del Génesis, al momento de la creación, en la que se nos narra que *la tierra era algo caótico y vacío y que el Espíritu de Dios, sobrevolaba ese caos de la tierra, sobrevolaba las aguas*². Los

¹ Is 63,19

² Cfr. Gn 1,2

cielos ahora se rasgan y desciende el Espíritu: lo que va a suceder es de tal calibre que es, en realidad, una nueva creación.

Jesús asciende de las aguas y el Espíritu desciende sobre él y entonces se produce la revelación: «*Este es mi Hijo, muy amado, en quien me complazco*». Claramente Marcos nos lleva a la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura.

Jesús es el *amado del Padre* y esta es la experiencia de Jesús, “madre” de todas sus experiencias de Dios. Jesús parte desde aquí y la intención de Marcos es que cada uno de nosotros nos sumerjamos en esta misma experiencia, porque solo desde aquí se puede entender al que quiere seguir a Jesús. Intentar seguir a Jesús, llamarse cristiano, no puede partir más que desde la experiencia de sabernos, cada uno de nosotros, *el amado del Padre*.

Hemos de comprender que esas palabras se están pronunciando sobre ti hoy. Deja que la seguridad de ser así amado y elegido te llegue más hondo que cualquier sentimiento de culpabilidad, desconfianza o recelo. Y a partir de tu condición de hijo amado, siéntete abrigado y a salvo, envuelto en la protección cálida de un amor que te acoge y te posibilita la existencia y el crecimiento. Marcos hoy nos dice que en el Bautismo, Jesús toma conciencia de su identidad, se le revela su «código genético». Pues bien, ese es tu mismo «código genético», tu mismo ADN: eres alguien bendecido, agraciado e incondicionalmente querido. A partir de ese momento, su relación con Dios deberá estar hecha de deslumbramiento, asombro, de pura receptividad y dependencia filial.

Dejarnos bautizar hoy con Jesús, acompañarlo en el Jordán, supone aceptar el nombre nuevo que Dios ha soñado para nosotros desde toda la eternidad. Estamos llamados a acoger con asombro agradecido que nos diga: «Tú eres mi hijo, te he llamado por tu nombre, tú eres mío. Eres alguien bendecido, eres mi hijo amado, tu nombre está tatuado en la palma de mis manos, eres único y el Pastor te reconoce por tu nombre».

¿Complicado? Para nuestra mentalidad occidental, sistemática y ordenada, tal manera de narrar y de exponer un mensaje, o de presentar a una persona, nos puede parecer extraña, compleja y primitiva. Pero así son los evangelios: textos extraños, complejos y primitivos, surgidos en un ámbito oriental semítico de hace dos mil años. Pero llenos del Espíritu Santo. Por eso es necesario sumergirse en ellos.